















# CASTILLA, otra vez por ESPAÑA

Por Carlos Sanz



Castilla horizontal y rígida, clamor sincero y desinteresado de la vocación universal de nuestro pueblo. (Castilla de Isabel y Fernando, corazón abierto a los cuatro puntos cardinales)

La incansable rueda del tiempo coloca de nuevo frente a nosotros la fecha luminosa del 4 de marzo señalada para siempre en la historia de nuestra Patria con los colores de la bandera falangista, que hoy hace ocho años se alzó por vez primera sostenida por el brazo de una juventud juramentada para acometer y coronar las tareas de la Revolución nacional-sindicalista.

Sin detener nuestro paso hacia adelante, sin permitir que nuestros músculos pierdan ni un sólo instante la tensión progresiva, sin dejar que nuestros ojos se embriaguen y nuestro espíritu se adormezca en la contemplación de lo que ya es pasado para evitar la ocasión tentadora de distracción y quietismo, sino con el propósito de fortalecer nuestra voluntad, afirmar nuestra decisión y purificar nuestra fe, queremos hoy traer a la memoria de los españoles aquel día, aquel acto, para que en el alma de cada uno precisen sus perfiles, recobren su primitivo color y adquieran nueva vida los actores, los hechos, las palabras, la doctrina, que llenaron de contenido vital aquella jornada del invierno cauduco de una España también cauduca y sin pulso.

No fué puro accidente el despertar del alma nacional manifestada en la rebeldía de los dos grupos acudidos por Ramiro Ledesma y José Antonio. Ni obedeció a la imprevisión de un loco azar la coincidencia y fundición de los defenso-

res de la nueva fe nacional en un solo cuerpo, en un solo espíritu. Había sido conveniente—necesario mejor—que la chispa saltase en dos lugares distintos para que la doctrina salvadora recogiera totalmente los elementos precisos para poder realizar una obra recia, consistente, duradera y eficaz. Las I. O. N.-S. de Ramiro habían hecho carne de su carne las angustias producidas por la injusticia social; la Falange de José Antonio lanzaba a los vientos de la Patria su ambición manifestada en su grito de combate, el ¡Arriba España!

Uno y otro grupo habían superado ya la dificultad inicial, tenían un cuerpo de doctrina perjurado, consignas vibrantes y arrebatadoras, defensores fanáticos dispuestos a morir. Era llegado el momento de constituir una sola organización para comenzar la batalla a cuyo término esperaba con la victoria, aquella España que constituía el patrimonio del pueblo que venía a salvar y redimir la Falange Española de las I. O. N.-S.

Ya estaba realizada la fusión; ya los falangistas eran hermanos de los jonistas; ya las dos fuerzas, unidas en una, esperaban la voz de ataque a los baluartes enemigos. Había, sin embargo, que proclamar a la luz del pueblo el hecho trascendental; era necesario lanzar el pregón a los españoles de buena voluntad, arrojar el guante a los enemigos. Y ¿desde dónde? ¿Qué lugar sería el que pro-

porcionara altura suficiente para que la voz se expandiera por todos los confines de la Patria? ¿Qué estrado sería conveniente, qué escenario apropiado, qué hombres dignos de ser los primeros en recibir la primera semilla?



Brazos en alto—como los corazones—reciben a los jefes del nuevo Movimiento que un 4 de marzo de hace ocho años marcó a los españoles la ruta única y heroica en la que España se salvaría

## Llegan a nuestra ciudad camaradas de la Vieja Guardia de toda España

Asistirán a los actos conmemorativos del 4 de marzo de 1934

En las primeras horas de la tarde de ayer comenzaron a llegar a nuestra ciudad camaradas de las ciudades que estuvieron representadas en el histórico acto del 4 de marzo de 1934 celebrado en el Teatro Calderón de la Barca de nuestra capital. Los primeros en llegar a Valladolid han sido los camaradas de la hermana ciudad santanderina. La expedición, al frente de la cual vienen destacadas jefarquias de aquella capital y camaradas que en el año 34 asistieron al primer acto público de Falange Española de las JON-S, está formada por una centuria de la Vieja Guardia montañesa y otra de las Milicias del Trabajo de la misma capital. Por la noche llegaron, para asistir a los actos de hoy, cama-

La tierra castellana—Valladolid, su centro y cabeza—fué la elegida. Ninguna como ella por la amplitud de su horizonte espiritual traspasando de la extensión casi infinita de su cielo, por la pureza de su patriotismo sin condiciones egoístas, por la claridad de su concepto universal sin sombra de color local o regional, porque la falta de riqueza hace poroso su corazón a toda simpatía por los humildes, por la austeridad de sus hombres y su profundo sentido religioso, porque en ella se conservan íntegras las virtudes del pueblo español, porque, en definitiva, en esta tierra había brotado la más poderosa organización nacional-sindicalista.

Por ello José Antonio escogió a Valladolid como campo en el que las falanges de la Revolución habían de velar y usar por primera vez sus armas.

Castilla, la siempre abandonada, obtuvo aquel día reparación completa de los olvidos e injusticias de muchos siglos. La Falange, con su presencia en esta tierra matriz de España, y José Antonio con sus palabras abrieron los ojos de los españoles. «Lo que queremos—dijo el Caudillo muerto—es que España otra vez vuelva a sí misma y con honor, justicia social, juventud y entusiasmo nacional patrio, diga lo que esta misma ciudad de Valladolid le decía al emperador Carlos V cuando llegaba a España en 1516:

«Vuestra alteza debe venir a tomar con una mano el yugo que el católico rey nuestro abuelo os dejó, con el cual tantos soberbios fueron vencidos, y en la otra las flechas con que aquella reina sin par, la católica doña Isabel, puso al moro tan lejos». Pues aquí tenéis, en esta misma ciudad de Valladolid, que así lo pedía a principios del siglo XVI, el yugo y las flechas. El yugo es labor y las flechas poderío, y así, nosotros, bajo el signo del yugo y las flechas, venimos a decir aquí mismo en Valladolid: «CASTILLA OTRA VEZ POR ESPAÑA».



Atención constante a la fuente más noble de nuestra vitalidad económica. Campos de panllevar fructificados con sudor de siglos

# ONESIMO Y LA UNIDAD

España era testigo de su misma muerte; amordazaban su ser histórico horas de peligro, de decrepitud nacional y de vil tiranía marxista. Pero en un largo atardecer de Castilla, Onésimo, en una vibrante proclama, escribía así el 9 de agosto de 1931: «Salga de Castilla la voz de la sensatez racial que se imponga sobre el magno desconcierto del momento; use de su fuerza unificadora para establecer la justicia y el orden en la nueva España». Y en la Castilla reseca, ancha y parda como la capa de sus labriegos, brotó la voz por la que Onésimo clamaba. La voz, la consigna, salieron de él, encauzando y

vigorizando la protesta viril de la meseta, en una acción de fidelidad hispánica, para señalarnos un plan de resurgimiento histórico y una estrategia política y de lucha que dieran vida a España, garantizándola su unidad, permanencia y destinos. La idea que fué obsesión de Onésimo, en él nació y por él germinó sin adulteraciones ni debilidades, para presidir toda su vida de lucha y ser recogida luego en la empresa de edificar la doctrina salvadora por la que se dió sangre y vida en las jornadas de la revolución nacional.

La Unidad, fórmula en la que Onésimo creyó, en la que tuvo una fe ciega y fanática, verdad que clavó en las mentes jóvenes que le rodeaban en el catastrófico período republicano, fué la consigna, bajo cuya disciplina nos enseñó a luchar por los derechos de la Patria grande, libre y unida que ambicionábamos.

Creadas por él las «Juntas Castellanas de Actuación Hispánica», marca de nuevo en su más fundamental principio «La afirmación de España como nación «una e imperial» obligada por su historia y la capacidad de su cultura a ser fuerte entre los demás pueblos...»

De nuevo el pilar de la Unidad es presentado como norte y guía de la ruta heroica y gloriosa que los españoles habíamos de seguir para redimirnos y cumplir nuestra misión universal.

En 10 de octubre de 1931 se publica el Manifiesto político de las J. O. N.-S., y para estas «Juntas» nacidas bajo el signo de la unificación, tiene Onésimo su total entrega en pensamiento y lucha. «La unidad intangible de España», la intránsigencia «en la afirmación de la España una», el juramento de que habría sangre de sacrificio para impedir que la unidad de España fuese desmenuzada por separatismos, son verdades absolutas, es bandera de combate que arrastran la ilusión y la vida toda de Onésimo. Firmase por él, con Ramiro y Bermúdez Cañete, en diciembre, los puntos capitales de J. O. N.-S. «La rotunda unidad de España» es el primer clarín de combate, el punto primero que con más regusto suena en sus oídos. Y la «España Una, Grande y Libre» de LIBERTAD, consigna alta como una estrella y ardiente como «un ideal por el que se mata y se muere», se había enlazado ya a la «España Una» de «La Conquista del Estado».

En esta idea creó Onésimo un clima heroico en el que lucharon juventudes y disciplinadas. LIBERTAD de Onésimo, desde su primer número de junio de 1931, fué el clamor de la España única, fué el

grito de Castilla, que veía en la Unidad el motor de nuestra grandeza, como lo fué el signo imperial de Fernando e Isabel.

Y es en el acto del 4 de marzo, en Valladolid, cuando la voz de Onésimo trueno de nuevo por la Unidad.

«Nada ni nadie nos detendrá. He de hablar, puesto que estamos en Castilla y porque pertenece de una manera constante a nuestro ideal, de la Unidad. La Unidad, esta es nuestra signa, esta es la palabra que se nos deshace en la boca de gusto. Esta es otra de las cosas, la primera, en que debemos pensar dormidos y despiertos: restablecer la Unidad de España: la Unidad social, abrazando a todas las clases por medio de la juventud incontaminada, sin odios, sin prejuicios, por medio de la juventud que no tiene todavía nada que reprochar y lanzar en una clase contra otra.»

Así hablaba Onésimo a la fe y el júbilo nacional-sindicalista de los camaradas de toda España unidos en la bandera roja y negra, en el yugo y las flechas, en Falange Española de las J. O. N.-S. En la ciudad cuna de Felipe II y cuna del Nacional-sindicalismo, así se comprendió y cumplió la Unidad.

Este día el corazón de Onésimo latió con sus mejores alegrías y esperanzas al ver cómo un caminar paralelo e idéntico quedó sellado en un haz hispánico de servicio al pueblo y a la Patria.

Cuando la Patria resucitaba entre el ruido de las armas; cuando Castilla, como región Capitana, sentía que el ser de una España envejecida se le aplastaba para combatir y aplastar a la barbarie; cuando los puertos del Guadarrama se estremecían con el avance de los infantes y artilleros castellanos y de las más heroicas centurias falangistas del Valladolid nacional-sindicalista y generoso, murió el Capitán. Castilla quiso unirse al Madrid alejado de la unidad guerrera y victoriosa de la meseta, y Onésimo, participando días antes de este propósito de redención, al unirse a los suyos cayó en una tarde de sol calcinante en un camino de la Castilla que levantó en armas.

El camino al Alto de los Leones era largo y peligroso; en cinco años de sacrificio y lucha por la España una que se soñó, había dado todo. Lo que le restaba, la vida, también supo entregarla por la Patria unida que con la mejor capitania y heroísmo ayudó y enseñó a forjar.

El mejor camarada hizo sangre y ejemplo la consigna que nos debe unir tras de su muerte como nos unió en su vida.